



Dioses Oscuros. Una filosofía oculta de lo sagrado.

José Luis Cardero López

1. El sobrevuelo de las ruinas del mundo.

¿Son los dioses, como algunos sospechan, aspectos formales que toman las iniciativas del destino de cada uno o, por el contrario, maneras de encarar el desarrollarse de un acontecer vagamente sentido, aunque casi siempre colmado de posibilidades?

En cualquier caso, ellos nos acechan desde el principio de los tiempos. O tal vez sólo desde el momento en que comenzó a fraguar entre nosotros la conciencia del ser. Y con esa sombra de los dioses llega hasta aquí el eco de una discusión, quizá fundamental, pero teñida en cualquier caso con los tonos de lo vano y difuso: la conciencia ¿es más completa cuando es conciencia del ser en el mundo o cuando se muestra como un simple y vicario aliento de esas divinidades?

Tenemos –por lo general- una falsa imagen de los dioses; de los propios, es decir, de aquellos que pertenecen a nuestro bando, tribu o reducto y de los dioses ajenos, que nos sirven para identificar a quienes consideramos, en mayor o menor medida, como individuos y grupos extraños, muchas veces peligrosos y, en ciertos casos, indiferentes, casi invisibles, no porque lo sean en realidad sino porque así los dibujamos en nuestra cosmovisión. En tales circunstancias solemos plasmar en la fantasmagórica imagen de esos dioses, todas y cada una de las características que acordamos como más relevantes de sus adoradores, por lo que, al final del proceso, no vemos sólo a los posibles candidatos al Panteón, sino a personajes mestizos que, después de todo, tienden a ser más reales, ya que se muestran teñidos por las imperfecciones y muecas varias del carácter humano de sus propios fieles y de quienes los examinan y analizan desde fuera de su universo.

Sin embargo, cuando sobrevuelan el mundo en el que todos permanecemos, los dioses muestran a veces las condiciones de su origen en lo numinoso, en esa entidad o fuerza que yace casi siempre en lo temible y oscuro, en lo que parece y se muestra en ocasiones como frágil, aún cuando esté revestido con la dureza diamantina de los mitos y de sus vinculaciones con lo inconsciente. De nada, o de muy poco, sirve entonces la conciencia del ser en el mundo, pues ésta queda paralizada, yerta en su propio desarrollo, cuando las tinieblas de eso numinoso se aproximan a nosotros, proyectándose de manera irresistible hacia los testigos que aguardan el desenlace.

Si bien la imagen de cada dios reproduce entonces, al menos en parte, el acontecer de los individuos que dirigen hacia tales personajes su adoración y preocupaciones, podríamos considerar además que, en aquella imagen, existen ciertas zonas que no se manifiestan de manera franca y simple ante la mirada de los fieles, sino que más bien fluyen y se insinúan en la mente de quienes están presentes en el acontecimiento constituido por la revelación de dichas entidades. Acontecer y revelar, son, por tanto, dos de las fases de aquello que ocurre cuando el dios es buscado y se muestra como tal. Pero existen otros períodos del suceso que casi

nunca aparecen clara y llanamente expresados: uno de esos eventos es, por ejemplo, la espera. Y de la espera nace, según veremos, el terror que luego se revelará como terror sobrenatural, falsamente vinculado al que, según se supone, despierta la Muerte.

La espera viene a ser, por lo que ahora diremos, no sólo la fuente del terror al que nos hemos referido, sino también la cuna en la que se abriga el propio dios, o, por mejor decir, el aspecto de lo numinoso que cualquier divinidad contiene en sí. Por otra parte, cualquier dios –incluso aquellos que han alcanzado un mayor nivel de institucionalización– puede surgir de las manifestaciones con las que, de ordinario, se presenta lo numinoso o lo sagrado que deriva de ello.

De manera que se nos aparece un camino recorrido en los dos sentidos posibles de su marcha por algo que, de repente, inesperadamente, con sorpresa –las circunstancias descritas para el *Mysterium tremendum et fascinans* postulado por Otto– se presenta frente al testigo, paralizado y sumido en ese característico sentimiento de *absoluta dependencia* vinculado al acontecer de la hierofanía¹ proceso al que también se referirá Mircea Eliade². Si consideramos el sentimiento de *absoluta dependencia* e incluso las diversas formas de *mysterium tremendum* que pueden presentarse, podremos comprobar que todavía, en algunos de tales casos, los testigos no llegaron a recibir el golpe pleno y a toda potencia de lo numinoso que Otto describe, por lo que no serían ejemplos totalmente logrados de proyección numinosa. Lo que suele caracterizar la actuación de lo *absolutamente ajeno* –así podemos considerar también a lo numinoso– es, precisamente, la brutalidad de su impacto y, al tiempo, su aparente despreocupación por los efectos –a veces devastadores– que tal aparición causa. Guarda cierta semejanza con lo que Mircea Eliade describe como *hierofanía*, que exhibe muchos puntos comunes con esta manifestación brusca, aplastante e inapelable de aquello que, por su parte, Otto presenta como *pavor demoníaco*.

Éste último autor describe el fenómeno del que hablamos como un abanico de posibilidades que abarca sus diversas formas de presentarse ante el testigo o testigos. Dice que puede llegar como un *suave flujo en el ánimo*, creciendo luego en su avenida, encendiéndose y apagándose durante un tiempo; pero también se presenta de una manera que provoca la embriaguez, el arrobamiento, el éxtasis. Desde este nivel es bastante fácil que se desaten ya las manifestaciones *feroces y demoníacas* del acontecimiento, que determinan el *temblor*, la *mudez de la criatura* ante esa expresión de lo *absolutamente otro*³.

Una vez cumplida la espera de aquello que ha de presentarse, entraremos en el período, mucho más comprometido para nosotros, del acercarse de aquello que se ha manifestado y que, a nuestra vista, comienza a aproximarse hasta tocar el límite de separación y la solución de continuidad mantenidos entre el mundo cotidiano y lo sagrado. Escuchemos al Maestro fiel, arriesgado explorador él mismo en las guaridas de lo numinoso: *Tu que te escondes tras los relámpagos. ¡Habla, desconocido! ¿Qué deseas, Dios desconocido? ... ¿Es a mí a quién quieres? ¿A mí, todo entero?*⁴.

La espera, pues, nos describe a nosotros, a lo que deseamos recibir y a lo que, en lo oscuro, no nos atrevemos a desear para el encuentro que va a producirse. También describe a los sacerdotes del dios, sobre todo a ellos, que suelen ser –deben serlo por necesidad– los intérpretes de todo cuanto mostraremos frente a la presencia y de lo que hemos de preparar antes de su manifestación. Poco debe escaparse de

¹ Rudolf Otto, *Lo Santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. Alianza Editorial, 1ª ed., 1ª reimp., Madrid, 1985. (*Das Heilige- Über das Irrationale in der Idee des Göttlichen und sein Verhältnis zum Rationalen*, C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1917)

² En *Le sacré et le profane*, Éditions Gallimard (1965), 1994., entre otros trabajos.

³ Rudolf Otto, o.c. P. 23.

⁴ F. Nietzsche, *Ainsit parlait Zarathoustra*, Éditions Gallimard, Paris, 1963. p. 290.

todo esto a tales sacerdotes si han de sobrevivir en su oficio. Pero ellos son, precisamente, los más conscientes de la ruina del mundo y de lo que vendrá luego, tras la constancia y acreditación de esa presencia numinosa que siempre acompaña a la deidad que se muestra.

El acercarse, decimos, sucede a la espera. En las invocaciones dirigidas a una deidad, todavía no se ha producido ningún hecho de los que se atribuyen a lo extraordinario que debe venir o que ha de manifestarse. En tal punto han de cesar sin embargo las quejas, gritos y risas. Todo comportamiento extemporáneo, convulsivo y agitado debe quedar atrás, para abrir paso a un espacio llano y sólido de sensaciones monocordes sobre las que sea posible modular o imprimir –como sobre una tablilla de cera- las energías vibrantes que comienzan a llegar desde lo numinoso que se hace presente, quizá bajo la figura de una deidad, quizá bajo un aspecto desconocido y terrible. La invocación desata el desarrollo de los acontecimientos que, antes de ella, parecían detenidos en un abrazo estrecho y firme.

El hecho del invocar supone una intromisión en el ámbito de lo numinoso, de la misma manera que la oración ha de considerarse también un intento de penetrar la coraza de lo religioso que, como lo numinoso, viene a ser una región más de lo desconocido. Ante lo sagrado no existe el recurso de la oración ni tampoco de la invocación, porque puede que en ese momento aún no haya dioses. Es necesario todavía que lo sagrado, llegado de lo numinoso, se humanice, se amolde y adapte a nuestro mundo, para que puedan surgir las deidades personalizadas que antes se veían como manifestación de fuerzas tan remotas e inalcanzables cuales puedan ser el poder generativo y devorador de la tierra o las tensiones sobrecogedoras del océano, patria de los muertos sin nombre. Las viejísimas Diosas Madres pertenecieron seguramente a tal grupo. También forman parte de él –aunque su origen no sea el mismo, ni el espacio-tiempo de su aparición tampoco- los Dioses Oscuros.

Pero a la Diosa Madre, al tiempo gran paridora y temible devoradora, no es necesario invocarla. Ocupa todo lo que existe bajo nuestros pies y su poder llega hasta la más alejada de las montañas que se levantan allá, en los mismos límites del horizonte. Se muestra en las profundas hendiduras de las cavernas y en las grietas que dejan salir el agua, el calor y el fuego. Allí y en otros muchos lugares fue venerada desde el principio de los tiempos y allí también sus devotos representaron los signos de su poder terrible, aunque también fructífero y saludable.

Sin embargo, los Dioses Oscuros, que de ordinario son la mejor expresión de lo numinoso primordial o de lo numinoso poco evolucionado hacia lo sagrado, manifiestan su potencia de una manera más violenta a veces, pero en cualquier caso, siempre con una tendencia insidiosa. A ellos sí se les ha de invocar, aunque en ocasiones tampoco sea necesario hacerlo, porque acuden movidos por su propia voluntad hasta aplastar con una presencia temible y paralizante cualquier alternativa, ahogando así las posibilidades de escoger que, frente a lo sagrado –paso siguiente de lo numinoso humanizado- todavía existen para el que invoca o simplemente presencia, la hierofanía.

¿Cómo llega entonces lo numinoso hasta nosotros, sus testigos? Ha de venir en la noche, en lo oscuro, en la sombra. Hacerse presente, visible, audible, significativo en un instante antes del cual no era y tras el cual, ya es un objeto incorporado a nuestro mundo e incorporable también a los modelos cognitivos de los cuales nos valemos para resistir embestidas de lo ajeno, cuanto más de lo que se supone *radicalmente* ajeno.

*Adivina mi enigma, oh tu, Zarathustra, que rompes las nueces más duras. Habla entonces ¿Quién soy?*⁵.

⁵ F. Nietzsche, o.c. p. 301.

Lo numinoso se acerca a nosotros hasta casi tocarnos, abatiéndonos así con lo más sombrío y temible de ello. Es en esa misma actuación del aproximarse que la fuerza oscura aparece ante nosotros como la única solución del mundo ya arrasado y vencido por su propia incongruencia. Los Dioses Oscuros toman su alimento de la indecisión y de la duda que tales imágenes ofrecen en perspectiva. Con cada vacilación pueden subir un grado más en su apariencia de fantasmas negros. Pero hay un problema. Si bien su proyección puede ser devastadora, la apariencia terrible y las sugerencias que de ella fluyen, es todo lo que, definitivamente, serán capaces de aportar al equilibrio del mundo.

Por esa razón de escasez contributiva, los Dioses Oscuros no pueden evitar el nacimiento de los otros dioses, por más que, como ellos, sean originados desde la urdimbre nebulosa y radicalmente extraña de lo numinoso. La constelación de las divinidades panteónicas en las estructuras significantes de lo sagrado institucionalizado es entonces el único camino de salida que existe en la práctica frente a todo lo que estas deidades tenebrosas desearían ver bien aplastado. De esta forma, el destino de los Dioses Oscuros, cruzados en su desplegarse sobre el mundo por el magma de lo numinoso primordial, permanece encerrado en la figura de criaturas divinas imaginadas en las cuales lo extraño permanece cual marca indeleble, irradiando una energía idéntica a la que es capaz de cerrar para siempre –aunque no lo haga ni, en lo previsible, vaya a hacerlo nunca- el propio proceso de su pensamiento. Pero en lo que atañe a la espera y el acercarse de lo numinoso, lo que puede sentirse en el alma, posee la misma naturaleza de aquello otro que, llegado el caso, hubiese podido acabar con cualquier esperanza. Así, con la arribada al punto y al acabarse del acercamiento, dirá nuestro Maestro fiel: *has adivinado que eso que sientes dentro de ti, en tu alma, es la huella de tu asesino* ⁶.

2. Lo sagrado, el camino y las buenas cosas.

¿Reconoceríamos entonces algo que tal vez pueda sorprendernos en medio de la noche, arrebatando para siempre nuestro sueño y la posibilidad de llegar hasta el umbral del camino que buscamos?

Allí mismo, en lo que justificadamente hemos de considerar como un lugar de partida, se muestra la unión de un nombre y de un punto de referencia –el Elegido y su septentrión- indicando con ello la única dirección posible, tanto en el sentido de la marcha como en la necesidad de moverse por el camino, para que ese desplazamiento, lejos de ser un acto ciego, se muestre como una labor emprendida en base a cualquier pensamiento esclarecido.

Lo sagrado se muestra así ante nosotros como una fuerza fiel, aunque extraña, como una presencia que, en sí, quiere despertar menos temor que reverencia, como un proyecto posible para que en él se integren algunas vidas. Sin embargo, por detrás de ese telón de convencionalismos y de sentimientos pactados, persiste una oscura sensación que bien puede bordear orillas de un mar desconocido en el que residen peligrosas criaturas. Nada es más gravoso en estos casos que la confianza, impidiendo la corrección de los, por el momento, jóvenes dioses. Como ocurrió con nuestro hermano Zarathustra, cuando al comparecer ante un corro de hermosas muchachas que danzaban en una pradera florida bajo el suave sol, quiso manifestar allí, en aquél riente paisaje en el que lo sagrado comenzaba a transformarse y pese a todas las fuerzas contrarias que con su belleza buscaban

⁶ *Id.* p. 202.

distraerlo, la necesidad de vigilar muy de cerca las criaturas de lo numinoso: *No os enfadeis conmigo, hermosas danzarinas, si corrijo un poco al pequeño dios. Llorará y gritará tal vez, pero también estará dispuesto a reír, incluso cuando llora...*⁷.

En ese camino surgirá ante todo la cuestión de qué hacer con todo aquello que nos salga al paso, que nos sonría, provoque o maldiga, que trate de llevarnos a lugares que permanecen prohibidos para nosotros desde los primeros tiempos, a causa de la pasividad y la pereza de muchos que por allí pasaron, que nos engañen aún a veces sin pretender causarnos mal, o que nos hagan señas desde el lado tenebroso, situados allí, como siluetas imprecisas, donde el bosque comienza a pertenecer a las criaturas de la noche.

Lo sagrado nunca nos advertirá de sus inclinaciones hacia lo más terrible del universo. Al fin, los Dioses Oscuros son una de sus cristalizaciones más genuinas y precisas, aunque nos cueste reconocerlo, ya que voluntariamente permanecen en la sombra y, lejos de salir de ella, pretenderán siempre que seamos nosotros, los caminantes, quienes nos acerquemos. *Ven, entra en mi casa* –dijo la araña a la mosca- *Ven, entra en Laberynthos...* Ay de quien caiga y se pliegue ante estos cantos, porque conocerá, tal vez, consecuencias de la Muerte negra y dura, pero no para que su existir se apague, no, pues no se trata de dar un paso tan sencillo y poco costoso, sino más bien para convertirse en acólito de aquello que permanece sin nombrar desde el principio de los tiempos: *¡Un día contemplé tus ojos, oh vida! ¡Y pareció que me hundía en un abismo insondable!*⁸.

La sombra del camino no es una parte de las sombras de la vida, sino el obstáculo que lo numinoso llegado a sagrado coloca, no tanto ante nosotros como a nuestro lado, un poco al margen de nuestra propia marcha, no con la intención directamente confesada de interrumpirla, sino más bien para influenciar su ritmo y su destino. Lo sagrado es, sobre todo y más que ninguna otra cosa, intención de colonizar el pensamiento y el propósito. Y es así, porque también lo es aquello de lo que proviene. De tal manera, el acercarse a nosotros que acontece tras la espera de esas manifestaciones, es también inseparable del vértigo que producen en nosotros la conciencia del ser y el propósito de resultar influidos por su desarrollo. Nada hay al otro lado, nos dice el pensamiento recto y claro de los observadores del mundo. Pero sentimos en nuestra espalda el calor ardiente de aquello que nos observa. No conocer con certeza de donde proviene –si de nuestro interior atormentado o de los espacios negros que se extienden más allá de la delgada cortina que nos alberga- no disminuye esa sensación derivada de aquél aproximarse.

Lo sagrado adquiere así una legitimidad invasiva procedente del desarrollo de una sombra que, a su vez, es reflejo de una fantasmagoría a la que nos han enseñado a temer, incluso desde antes de que ella misma fuera tratable y estuviera dispuesta a compartir algún espacio con nosotros, en nuestro propio mundo. De tal forma, casi todos los elementos importantes que configuran y mantienen en pie las diversas cosmovisiones –incluso aquellas que consideramos como más modernas y actualizadas- han sido previstos o diseñados, precisamente, para soportar los embates de lo sagrado, sus avances y pretensiones de constituirnos a nosotros como un signo más de su sistema.

Porque nos encontramos casi en la frontera de lo que es excluyente y al mismo tiempo paradójico, banal en apariencia porque nos hemos acostumbrado a su presencia y manifestaciones, tanto que las hemos incorporado a los pliegues de nuestra persona, tanto que nuestra imagen casi no puede entenderse ya sin una referencia a ese influir venido de otros mundos, los cuales no tienen que ver demasiado –preciso es reconocerlo a la vista de los resultados de semejante

⁷ F. Nietzsche, *Ainsi parlait Zarathoustra*. O.c. p. 126.

⁸ F. Nietzsche, o.c. p. 126.

simbiosis- con las esperanzas y deseos de la humanidad. Lo sagrado hace romper las graves ondas de sus aguas mágicas sobre la misma frontera que delimita nuestros ámbitos culturales, de manera que, con su irrupción, todo parece cambiar, haciéndose tanto más oscuro cuanto mayor sea el contenido de lo numinoso que alberga.

Así las tradiciones y mitos del héroe o de la huída mágica vienen a ser recopilatorios de otros tantos testimonios de interrelación con esa parte de lo sagrado que aún guarda contactos visibles y hondamente fundamentados con lo numinoso primordial. Tanto en un caso como en el otro, la llegada de un personaje al Otro Mundo –simbolizado por numerosos ejemplos de países y territorios en los que suceden extrañas cosas, casi siempre contrarias al curso normal de los hechos- representa ese conflicto básico de lo humano con lo que, respecto a él, puede considerarse como extraño y ajeno. El héroe, que no siempre reúne las condiciones de “bondad” y “pericia”, sino que a veces ha de adquirirlas mediante un costoso aprendizaje o iniciación, va casi siempre en busca de las cosas buenas, así calificadas porque su posesión o depósito supone una notable mejora en las condiciones generales del mundo e incluso también en las particulares de individuos vinculados al protagonista.

La llegada al lugar en donde se guardan los tesoros a conquistar supone de por sí un cambio de estado imprescindible para el héroe, sin el cual no podría soportar siquiera ni por un instante la presencia de lo numinoso que allí mora. Ese cambio aparece en las tradiciones y leyendas figurado mediante toda una serie de vestiduras e indumentos mágicos que protegen al propio héroe o que trazan a su alrededor un halo de invisibilidad o de poder protector para defenderse de las influencias extrañas que le acechan en tales ámbitos. Algo parecido ocurre con el sacerdote cuando ha de comparecer ante el Santo de los Santos, es decir, frente a lo sagrado que todavía conserva una buena parte de lo numinoso primordial. Sus vestiduras –en el caso del dios de los judíos- son minuciosamente descritas por el mismo númen ante el que ha de comparecer y le sirven al oficiante, tanto como signos distintivos de su rango de intermediario entre la divinidad y los testigos, como de protección en una circunstancia tan comprometida en la cual debe enfrentarse al poder terrible y paralizador de lo sagrado.

Volviendo a nuestro héroe, viajero al País de las Maravillas, la tradición describe ese cambio experimentado –que también puede consistir en un cambio de figura, de condición, de sexo e incluso de especie- con el cual puede engañar al monstruo que, inevitablemente, aparecerá guardando el lugar y siendo depositario celoso e insobornable del objeto o de la cosa buena de la que el invasor pretende apoderarse.

Fijémonos en el hecho de que, en realidad, se trata de una invasión o entremetimiento en el reino de lo numinoso de un personaje de nuestro mundo. La colectividad humana no debe protegerse en este caso de un ataque arbitrario e infundado de las fuerzas numinosas, sino que, por el contrario, destaca a uno de sus miembros para que se apodere de algo que no le pertenece y que en la mayoría de los casos, corresponde a un poder ultramundano artificial y forzosamente importado a nuestro ámbito por el protagonista, en el caso, claro está, de que cumpla con éxito su misión.

Según los relatos y las tradiciones compartidas por numerosas culturas, el protagonista casi siempre tiene el éxito que se espera y la avanzadilla humana en el orbe sombrío y peligroso de lo absolutamente otro, se salda con una victoria plena –o casi plena, al menos- y con la incorporación al arsenal cultural humano de un nuevo bien que antes no poseía: el fuego, la tecnología, semillas y plantas mágicas, instrumentos musicales, herramientas, el conocimiento secreto, en todo o en partes, a veces también una transformación interior...

Pero eso no es todo. Aún cuando con lo dicho los bienes y cosas buenas estén ya prácticamente entre nosotros, no termina ahí la aventura. Antes de ponerse definitivamente a salvo, el héroe será perseguido tenazmente por un monstruo del que ha de escapar si quiere sobrevivir. Las líneas estructurales de esta parte del relato o de la leyenda que recogen dichos temas constituyen la matriz argumental de las tradiciones correspondientes a la Huida Mágica, concebida más bien, al hilo de la narración, como un tema relativo a la *huida ante la muerte* o sobre el escape del *lugar de los muertos*. En estas leyendas, el héroe que huye de su perseguidor –el cual se considera tan terrible que ni siquiera es descrito más que de una manera vaga e inconcreta- se halla varias veces a punto de ser capturado por éste. Sólo las artes mágicas desarrolladas por el propio protagonista en su preparación iniciática o la ayuda de ciertos seres que forman parte del Otro Mundo o son ellos mismos entes sobrenaturales, permiten escapar al héroe. En ocasiones, la ayuda de aquellos seres consiste en proporcionar al que escapa determinados objetos extraordinarios, los cuales, al ser arrojados en el camino del monstruo numinoso perseguidor, se convierten en grandes obstáculos, como cordilleras, anchos ríos o infranqueables marismas, los cuales, sin embargo, no lograrán detener al terrible perseguidor por mucho tiempo.

Las leyendas sobre el héroe o la Huida mágica, nos ilustran con bastante claridad en relación con los conceptos anteriormente expresados de “espera” y de “acercarse” a nosotros lo numinoso. La sombra del dios encubre caracteres y condiciones todavía más sombríos y espeluznantes para nosotros, toda vez que, pese a los sistemas de protección y a las cautelas rituales utilizadas no podemos por menos de percibir, como en un atisbo siniestro, la condición feroz que anima a esas entidades ajenas.

El camino no ha de conducirnos necesariamente en este caso hacia las cosas buenas que antes del episodio de invasión de lo numinoso nos eran negadas y ahora poseemos. Junto a esas cosas buenas, tan laboriosamente conseguidas y algunas de las cuales parecen constituir el fundamento mismo de nuestra civilización, ha sido arrastrado hacia nosotros algo propio de aquellas entidades que guardaban con celo su tesoro. Es necesario preguntarse aquí y ahora acerca de eso que ha sido traído a nuestro mundo y que no sólo ha comenzado a inducir un siniestro cambio en su portador desde el mundo de las sombras, sino que también lo habrá provocado, sin duda, en todos nosotros. El aporte de las cosas buenas por los héroes fundadores de nuestras culturas puede ser por tanto legítimamente considerado como una forma invasiva, como una proyección en toda regla y con todas las consecuencias, de lo numinoso en nuestro mundo. Viene a ser, por tanto, un triunfo de las fuerzas oscuras, aunque éstas se adornen con flores, risas y guirnaldas de oro: *He mirado en tus ojos, ¡Oh, vida! He visto brillar el oro en tu ojo nocturno...Ese goce ha detenido los latidos de mi corazón*⁹.

3. El saludo en manos de la sombra, o los pormenores de una transformación.

Ante la relación que hemos de mantener respecto a lo numinoso y lo sagrado, se nos ofrecen, por tanto, dos posibilidades. Podemos aguardar, cumpliendo el ciclo formado por los episodios “espera”, “acercarse” y “ser transformado”. Pero también podemos actuar nosotros mismos como invasores, adentrándonos en el territorio prohibido, buscando al guardián de los tesoros que pretendemos arrebatar,

⁹ F. Nietzsche, o.c.. p. 259.

huyendo finalmente, empujados por el acoso feroz y sin medida de los monstruos. En este caso, conviene que sepamos algo: no es de la muerte de lo que huiremos. De la muerte no se puede escapar. Si la muerte nos persiguiera, bien podría atraparnos aquí mismo o un poco más allá. Sería hasta cierto punto indiferente, para ella y para sus seguras presas. Desde luego, es humano tener miedo a la muerte, pero también, pensándolo un poco, hemos de preguntarnos por qué todas las culturas, con unanimidad poco común para otras circunstancias de la existencia, proporcionan instrumentos adecuados para superar, tanto ese miedo, como la pena que la muerte suele producir también. Debido precisamente a la constancia prácticamente universal de tales instrumentos culturales, el acontecimiento luctuoso –inevitable y, desde luego, funesto, pese a todo intento de consuelo o de resignación- acaba considerándose como una especie de tránsito hacia otras formas del existir.

Ante los hechos expresados por leyendas y mitologías habrá que suponer que tal vez no sea la muerte nuestra perseguidora real, sino que esconda o lleve tras su máscara algo mucho más terrible y más oscuro que ella misma, capaz de inspirar frío y angustia en los corazones del que escapa veloz, intentando poner la máxima distancia entre esa entidad terrible que, por detrás, cierra el horizonte del universo mágico y la figura relampagueante de quien corre hacia la frontera que lo separa de su propio mundo.

En algunos relatos que entroncan con el gran conjunto mitológico de la Huida mágica, se manifiesta de una manera muy descriptiva la sensación de pavor que embarga al héroe. Así, por ejemplo, éste avanza en la noche hacia unas luces que pueden verse a lo lejos y escucha tras de sí los tremendos pasos de un ser que, pese a la oscuridad, lo busca incansable. En ocasiones, la persecución tiene lugar en un laberinto, por cuyos caminos o corredores –a veces se trata de un laberinto subterráneo o encerrado en algún espacio interior- marcha el protagonista prácticamente a oscuras, recelando de las trampas que puedan abrir sus fauces en el sendero, bien en forma de pozos o agujeros, o cobrando vida de repente como seres dotados de agudos dientes y garras. Mientras tanto, el perseguidor –o perseguidores- no cejan en el empeño de atrapar a su presa. Y es esa constancia tozuda, que se manifiesta a pesar de los obstáculos y las pruebas con las que el perseguido trata de burlarles, la que despierta en el que huye un terror irrefrenable. No es miedo a morir – hay ocasiones y circunstancias en las cuales la muerte se convierte en liberación y descanso- sino temor a ser atrapado, a retornar, arrastrado por unos guardianes celosos e insobornables, de vuelta al círculo vicioso constituido por la espera, sin saber qué expresión o aspecto presentará aquello que busca acercarse a los que huyen, por todos los medios a su alcance.

La fuente del terror ¿es, por tanto, la incertidumbre? No lo es en modo alguno, sino que lo es la certeza, la conciencia de que algo va a suceder sin que quien escapa –quien reza a sus dioses también huidos, el que se asombra ante el universo, o aquél que, simplemente, mira hacia la Nada- puedan influir en el desarrollo ni siquiera en un ápice, ni en un tanto así.

En otros episodios de fuga en los que se alcanzaban sin duda las máximas expresiones del terror, como en los casos de prisioneros evadidos de los campos de exterminio nazis cuando volvían a ser capturados, lo peor no era, según parece, a juzgar por los testimonios prestados por algunos supervivientes, el hecho cierto y seguro de la muerte del culpable de la fuga, que siempre se producía, sino la actuación del “comité de bienvenida” que, antes de la ejecución y en medio de una orquesta improvisada, arrastraba al preso subido en una especie de carromato adornado con carteles alusivos a la circunstancia de la huida y al “alegre retorno” del desdichado, todo ello en una procesión forzada –macabra, terrible y al tiempo, grotesca- desarrollada ante los ojos de sus compañeros y en medio de las risas y chanzas de los guardianes. La muerte, aquí, ni siquiera puede considerarse como el

posible origen del terror desencadenado, pues en aquellas circunstancias, era una compañera constante para los prisioneros.

Pero la "imposibilidad de influir" en la que situamos la fuente del terror, no es una situación permanente. Incluso en las circunstancias más terribles, se trata apenas de un instante, mínima fracción de sustancia del espacio-tiempo, un apresurado relámpago en el cielo oscuro. A ese fragmento de quietud paralizada responde casi siempre un guiño, un saludo llegado a nosotros desde la Gran Sombra. Hay quien afirma que esa brevedad de la sensación aterrizadora se debe a que, en definitiva, la misma puede considerarse como un sistema de compensación, tal vez una manera de prevenir males mayores en el sistema cognitivo, una forma de evitar posibles colapsos de la totalidad del ser frente a las amenazas de algo terrible, colapsos que, sin embargo, a veces no es posible evitar ante el asalto del terror. Una vez que se pasa por el reino de lo numinoso –y esto ocurre con todas las modalidades posibles de lo numinoso, incluidas algunas expresiones de lo sagrado y de lo religioso- comienza la transformación del sujeto, que se produce con independencia de cual haya sido el comienzo del episodio y de que el protagonista del mismo sea voluntario en su desempeño, o simple testigo pasivo e inerte del evento.

Esa transformación se lleva a cabo de manera insidiosa, aun cuando en algunos casos sea más rápida y evidente que en otros. En los relatos, una vez superada la correspondiente prueba, los héroes muestran algunos caracteres que parecen identificarlos de alguna manera con los monstruos y demonios que han dejado atrás. Se vuelven egoístas, arteros y en no pocos casos se transforman en auténticos criminales, circunstancia que la narración apenas puede disculpar y que casi siempre trata de ocultarse mediante cambios favorables en el texto que, no obstante, continúan conservando su carga simbólica profundamente negativa. Y cuando no cambian los protagonistas –que a veces se vuelven casi más peligrosos que los propios monstruos a los que han tenido que vencer- terminan siempre por morir anticipadamente y no siempre de manera tranquila. Así se puede ver en relatos míticos como el de Perseo y la gorgona Medusa o en los recogidos a través de las leyendas artúricas, y, desde luego, existen ejemplos característicos de ello en casi todas las mitologías conocidas.

Como sabemos, tras cortar la cabeza a Medusa, Perseo comienza a utilizar aquél mortífero trofeo para sus fines particulares, paralizando primero al monstruo marino Ceto, el cual intentaba devorar a Andrómeda y fulminando más tarde a Fineo, tío de ésta, que no veía con buenos ojos su relación amorosa con el héroe. Perseo terminó por convertirse en alguien un tanto especial, con quien era mejor no indisponerse. Así suele ocurrir siempre que se juega con el poder casi absoluto emanado de lo numinoso. Perseo empezó a utilizar ese poder del que sólo era un depositario coyuntural, petrificando a sus enemigos a diestro y siniestro. Tal ocurrió con el rey Polidectes, viejo rival del héroe, y con su corte, que comenzaron a burlarse de Perseo y a desafiarle, hasta que éste se cansó y abrió el zurrón mágico, mostrando su terrible contenido ante aquella imprudente y poco avisada asamblea: resultaron todos petrificados con una expresión de incredulidad en sus rostros.

La cosa llegó a tanto que la propia Atenea hubo de reclamar para sí la peligrosa testa gorgonesca, colocándola sobre su égida, evitando con ello males mayores y el uso desmedido de un objeto tan mortífero. Lo cual nos muestra que donde está el mal, también suele aparecer el remedio, porque la misma diosa había impulsado en su momento al héroe para que, invadiendo un territorio en principio prohibido a los humanos y asiento de fuerzas numinosas como las representadas por las gorgonas, se trajese de allí la cabeza de una de ellas, asiento de un terrible poder.

La certeza de que los humanos han sido casi siempre juguetes de los dioses, no debe consolarnos respecto a los terribles efectos que suelen acarrear tales manipulaciones, bien sean debidas a hipotéticas acciones divinas o a los errores de

hombres y mujeres de este mundo nuestro. Lo que cuenta aquí para el presente comentario es la transformación sufrida por el héroe. Y digo “sufrida”, concediendo al término su significado más doloroso. Porque este tipo de metamorfosis, aunque vayan acompañadas de la posibilidad de hacer uso del poder, nunca traen consigo felicidad alguna, sino padecimientos, muertes y sacrificios que, finalmente y a título de balance, no reportan utilidad a quien ha de pasar por ellos.

Todos y cada uno de los dioses de la historia han mostrado en su momento aspectos de esa naturaleza sombría de la que son llegados y que puede aparecer –o reaparecer- incluso en aquellas de sus figuras más racionalizadas y “modernas”. Los movimientos religiosos han de considerarse como una huida hacia delante con respecto a las entidades divinas que se manifiestan frente al universo humano; esas entidades que, en el último momento, terminan por huir ellas mismas una vez ha sido realizada –muchas veces con notable impericia- la gran obra para la que fueron llamadas, es decir, continuar animando la cadena universal de creación y muerte, de cada uno de cuyos eslabones principales surgirán nuevos demiurgos.

La existencia y la persistencia de las religiones han de interpretarse, por tanto, como un saludo en manos de la sombra, la cual trata de llamar nuestra atención desde ese sector poco conocido que algunos sitúan en el continuum espacio-temporal presentido más allá de las fronteras trazadas para el cosmos humano por nuestra cultura, mientras que otros adivinan su presencia, oculta en el interior de todos y cada uno de los individuos que la integran en un hacer más o menos compartido.

Los Dioses Oscuros son así algunas de las formas desprendidas de ese proceso de transformación, ocurrido desde lo numinoso hasta lo religioso institucionalizado y en el que participan por igual divinidades y creyentes, ya que no todo el contenido de lo primero se traslada hacia lo último ni, llegado el caso, se reparte por igual entre los distintos niveles. Una parte de ese trasiego se muestra como entropía, que va restando fuerzas y sustancia en el balance del equilibrio que se establece frente a lo desconocido y temible.

Estas divinidades sombrías no fueron concebidas para crear, ni tampoco para colaborar en una posible ruptura del círculo maldito de reencarnaciones y destrucciones del ser, quiebra que quizá contribuyese a liberarnos. Se limitan a proyectarse y a sorprender aniquilando, prolongando la espera de lo numinoso que amenaza, en detrimento de su presencia. Son lo que aguarda por detrás de una máscara un tanto grotesca que parece continuar acechando nuestros intentos para ordenar y entender el mundo, que si por azar llegasen a culminar de alguna manera, jamás podrían contener el proyecto de tales entidades ni tampoco justificar el sentido que, desde su alejamiento y extrañeza, ellas desearían comunicar a la existencia.

Nada hay más terrible que las señales de la sombra, enviadas hacia nosotros desde las propias sombras del ser. Sin embargo, habremos de convencernos antes o después de que aquella figura que se dirige a nosotros, no es la muerte, tal como de ordinario se piensa. Esto es cierto y debemos guardarnos día y noche de la manifestación de esa presencia engañosa que se viste con las negras plumas del gran pájaro agorero, permaneciendo bien seguros al abrigo de nuestras moradas en la tierra de los vivos. Ya veremos qué ocurrirá cuando tengamos que caminar bajo el cielo libre, en compañía de esa muerte que tanto nos hacen nombrar, cuando haya transcurrido el escaso tiempo del que disponemos. Tal vez porque conocía bien la profundidad de todos estos pensamientos, meditados por él en la gran ocasión celebrada cuando se desplegaron en triunfo los hijos de la luz, nuestro *Zaratustra echó a correr y a correr todavía más, pero no halló a nadie y se vio solo; encontrándose entonces a sí mismo y gozando de su soledad, la saboreo pensando en cosas buenas durante horas enteras...*¹⁰.

¹⁰ F. Nietzsche, *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c., p. 314.